
MÁS ALLÁ DE KOSELLECK. LÍMITES Y RENOVACIÓN DE LOS CONCEPTOS ASIMÉTRICOS

JUNGE, Kay/POSTOUTENKO, Kirill (eds.): *Asymmetrical Concepts after Reinhart Koselleck. Historical Semantics and Beyond*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2011, 255 pp.

LUIS FERNÁNDEZ TORRES

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

luis.fernandez@ehu.es

Para quienes se hayan acercado a la cada vez más mentada *Begriffsgeschichte* en cualquiera de sus dimensiones, ya sea poniendo a prueba su entramado teórico y metodológico o dejándose inspirar por ella con diferente intensidad de cara a la investigación histórica, la noción de contraconceptos asimétricos no puede ser una desconocida. En realidad, lejos de ser un aspecto secundario o marginal de la historia de conceptos, constituye una pieza clave a la que se recurre con una frecuencia no desdeñable en múltiples trabajos. Sin embargo, estos usos se han parecido más a un flirteo inofensivo —por otro lado, legítimo y enriquecedor— que a una auténtica conquista del potencial heurístico de esta herramienta koselleckiana¹. Y de este modo, mientras se multiplicaban las reflexiones sobre los diferentes matices de la versión germana de la semántica histórica, las alusiones a los contraconceptos prácticamente seguían ancladas en la canónica formulación que le diera Koselleck hace ya más de treinta y siete años, lapso temporal que equivale a toda una generación. Hace ahora dos años la conciencia de esta larga ausencia de reflexión sirvió de estímulo a un *workshop* que tuvo lugar en la Universidad de Constanza a principios de junio de 2010, y que reunió a especialistas de diferentes disciplinas, desde la lingüística a la historia, pasando por las ciencias políticas, la sociología y la antropología². No por casualidad, los trabajos presentados muestran esta riqueza de aproximaciones que finalmente acabó adoptando el formato del libro que aquí reseñamos.

¹ Hay que mencionar la notable excepción del análisis de João FERES JR. sobre el concepto *Latin American*. *La historia del concepto "Latin America" en los Estados Unidos de América*, Santander, Universidad de Cantabria, 2008.

² *35 Years After Reinhart Koselleck: Asymmetrical Concepts in Politics, Language and Society*, 04-06-2010, Constanza.

Mi intención en esta reseña se limita fundamentalmente a informar al lector del contenido —en muchas ocasiones altamente abstracto— de las diferentes aportaciones de este libro.

La presencia de los bien conocidos pares antitéticos formulados por Reinhart Koselleck: heleno/bárbaro, cristiano/pagano y *Mensch* [hombre] / *Untermensch* [subhombre]³ recorre, como no podía ser de otra forma, los diferentes artículos, sirviendo como punto de partida para las distintas contribuciones, que pretenden edificar sobre y junto a la elaboración teórica basal koselleckiana, sin rehuir en ningún momento una actitud crítica constructiva tendente a descubrir los límites de la reflexión del historiador fallecido hace seis años.

No resulta llamativo, por tanto, que la primera contribución, de uno de los editores, Kay Junge, comience haciendo referencia al seminal artículo de Koselleck.

Decía antes *sobre y junto a* porque, como pone de manifiesto el propio Junge, hay distintas formas de aproximarse a los contraconceptos y es en esa muestra de la variedad metodológica donde precisamente radica una buena parte del valor del libro. La otra está en el intento de colmar ese *vacío* reflexivo. Esta última afirmación, que puede extenderse en diferente medida a todos los artículos, resulta especialmente adecuada en el caso de los correspondientes a la pareja de editores. La necesaria revisión de la idea de “contraconceptos asimétricos” —que se sustancia en la actualización de algunos de sus rasgos característicos y en la adición de otros nuevos— se traduce en estos textos en un intenso esfuerzo crítico de lo heredado y en un intento de resistemización de la comprensión de las asimetrías en el lenguaje. En esta reseña prestaré especial atención a los artículos teóricamente más densos, que tensan la noción de contraconceptos asimétricos y suponen una importante apuesta por el desarrollo de esta pieza del instrumental de la investigación conceptual.

Kay Junge se centra, en este línea, en avanzar desde una clarificación de las *self-images*, los *self-concepts* y las autodescripciones —elaboraciones que surgen cuando procesos de autorreflexión y autodescripción se condensan léxicamente en una terminología especial, siendo parte de lo que describen— hasta un proceso de reflexión sobre una posible arquitectura de los contraconceptos, tanto de los

³ "La semántica histórico-política de los contraconceptos asimétricos", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1993.

simétricos como de los asimétricos. Para ello se basa fundamentalmente en las aportaciones de Carl Schmitt en *El concepto de lo político* (1927), autor cuya conocida y polémica influencia se extendió también a la noción de contraconceptos —como no olvida señalar Junge⁴— y sobre tres variantes más, de una lista aún abierta, de instituir asimetrías.

La aproximación de Junge se caracteriza por considerar los conceptos como parejas desde su surgimiento, es decir, como cooriginados más que como fenómenos aislados que son emparejados desde el ámbito de la investigación. Este entrelazamiento de los conceptos en parejas otorga a sus componentes un sentido específico que varía en función de la concatenación. De este modo, una de las principales causas del cambio de significado de un concepto sería la previa modificación del concepto con el que está emparejado. Este cambio puede presentarse como fruto de la aparición de un nuevo concepto que sustituye al anterior o como la resignificación del antiguo. En cualquier caso, el desplazamiento semántico es consecuencia de una transformación anterior del otro integrante del sistema binario. Una de las variedades de estos sistemas está constituida por las asimetrías. De ellas, las que interesan a Junge aparecen cuando el estatus de un conjunto social empieza a diferir de forma importante o cuando los intereses en su seno aparentan ser o son mutuamente incompatibles. Entre estas últimas el riesgo de conflicto es obviamente mayor. Cuando las partes involucradas no reconocen la validez de las relaciones existentes entre ellas, se produce una escalada de las fricciones, pudiendo llegar a la aparición de contraconceptos asimétricos. Es decir, los contraconceptos se vuelven asimétricos cuando distinguen entre grupos y su uso no es compartido por las dos partes de la división a que se refieren.

El esfuerzo sistematizador desarrollado por Junge adquiere especial relevancia en la segunda parte del artículo, que se desdobra a su vez en dos vertientes: una clasificación de tipos de contraconceptos asimétricos, por un lado, y la forma que éstos adquieren al ponerlos en práctica, por otro.

El primer tipo de contraconcepto de los enumerados por Junge se caracteriza por la justificación que una de las partes hace de su falta de cooperación con la otra debido a la escasa fiabilidad o comportamiento paranoico del contrario. En el

⁴ Faustino OB7-B5 ha hecho referencia a las sospechas sobre el sesgo ideológico conservador que subyace al proyecto de Koselleck. “Historia conceptual, Histórica y modernidad velociferina: diagnóstico y pronóstico de Reinhart Koselleck”, *Isegoría*, nº 29 (2003), p. 225.

segundo caso, la asimetría en las relaciones entre las partes se traduce en las imágenes del “halcón” y la “paloma”. En esta clase de relación un lado cede a las pretensiones de poder del otro (pp. 33-34). La tercera forma de incorporar un prejuicio en un par de contraconceptos asimétricos consiste en definir a una de las partes en términos de carencia o ausencia de una cualidad presente en la otra —por ejemplo, la razón—. La última forma de las mencionadas por Junge capaz de producir una asimetría se relaciona con la cuestión de la consistencia/coherencia de la posición de las partes (p. 41).

No obstante, Junge matiza que estas cuatro formas pueden parecer meros ejercicios sofisticados si se los compara con las asimetrías basadas en diferenciaciones indécicas, la lucha por bienes escasos que no se pueden disfrutar simultáneamente o con las funciones pragmáticas marcadas, según las cuales se tiende a marcar lo menos común (p. 42).

Junge presenta a continuación tres nuevas variantes de representar o de poner en juego contraconceptos asimétricos: (1) el primer tipo se relaciona con los requisitos de consistencia que implican la mentira o la limitación de determinado grado de relación. La dominación, legitimada para el grupo superior por un contraconcepto creado por él mismo, no puede ser aceptada por el inferior apelando a ese mismo concepto. Para evitar mentir o contradecirse, el grupo superior debe limitar al mínimo imprescindible el contacto, confrontando su falta de razón mediante un doble vínculo: hacerlos entender que no van a entender lo que está en juego; (2) el segundo tipo es una adaptación de *Tótem y tabú*, de Sigmund Freud: mediante el establecimiento de un tabú se simula que un conflicto no ha ocurrido nunca, aunque todos sean conscientes de su existencia; (3) la tercera vía consiste en elevar al grupo inferior a una supuesta posición de mayor responsabilidad, de forma que parezca que su destino es fruto de su propia acción (pp. 42-46).

Los dos artículos con los que Postoutenko contribuye al libro combinan la reflexión teórica con la aplicación práctica, si bien el componente teórico es predominante a lo largo de ambos textos. En el primero de ellos comienza llamando la atención sobre el hecho de que los contraconceptos, descubiertos por Koselleck hace más de 35 años, aún tienen que demostrar su valía en la investigación empírica a pequeña y mediana escala (p. 81). Postoutenko considera los contraconceptos

asimétricos parte de asimetrías mayores que gobiernan las relaciones entre sistemas disipativos tanto en la naturaleza como en la sociedad (pp. 81-82), una noción que profundiza en su segundo artículo, que además es el que cierra el libro. En su primera contribución aborda la primera de las cuestiones señaladas: el necesario estudio empírico de los contraconceptos. Para ello procede a comparar el discurso democrático de Roosevelt y los totalitarios de Stalin y Hitler, intentando establecer una conexión entre asimetrías de pequeño y gran alcance. Con este fin procede a una reconsideración de la noción de contraconcepto. En lugar de utilizar una aproximación basada en la semántica léxica, Postoutenko apuesta por la pragmática conversacional. De este modo, los contraconceptos transitan desde su consideración como pares conceptuales observados desde una única perspectiva a ser expresiones singulares que se observan desde dos ángulos diferentes. Desde esta perspectiva habrá que tener en cuenta las diferencias cognitivas y valorativas entre dos sujetos, lo que hace que interpreten asimétricamente una misma expresión (pp. 85-86).

Esta aspiración a aplicar la noción de contraconceptos asimétricos a un objeto de estudio concreto está íntimamente entrelazada con la necesidad de ahondar en su precondition teórica. El mejor ejemplo es el abordaje de una de las cuestiones centrales de las asimetrías: el de su origen. Postoutenko cree que la teoría de sistemas ofrece un buen utillaje para explicar el origen de la asimetría conceptual. En este marco, la parte autorreferencial del ser humano se considera un sistema altamente centralizado cuyos subsistemas manejan una materia homogénea —*Self*— en un ambiente casi exclusivo —*Inside*—, lo que lleva, por un lado, a la centralidad espacial que adquiere el individuo, punto de partida para organizar el espacio que lo rodea, y, por otro lado, al acceso privilegiado al estado personal —sentimientos y creencias—. Hay una tendencia a considerar superiores las propias creencias y a atribuirse una mayor autoorganización que el ambiente/sistemas que rodea al individuo. A estas asimetrías *originarias* se añaden los importantes recursos que proporciona el lenguaje verbal para expresarlas (pp. 87-88).

Partiendo de estos principios, Postoutenko propone una clasificación de asimetrías conceptuales adecuada para la investigación empírica. Comienza definiendo las asimetrías primarias (orientacionales), enraizadas en la posición especial que ocupa el ser humano en relación con el ambiente —ilustrado por el triángulo deíctico yo-aquí-ahora (*I-here-now*)—. Esta clase de asimetrías es en

principio más robusta que la secundaria, pero su solidez se ve atenuada en el nivel social concebido a gran escala mediante trabajos de simetrización que se sirven de categorías gramaticales. Las asimetrías secundarias (evaluativas), caracterizadas por el acceso preferente a sentimientos y creencias personales, también presentan el mismo proceso de simetrización, sin embargo su efectividad es muy inferior a la del caso anterior. Para Postoutenko es plausible pensar que esta última categoría pueda sostener asimetrías sociales a gran escala. Este rasgo hace que constituyan el principal objeto de atención en la investigación sobre las asimetrías.

El siguiente paso consiste en afinar aún más los criterios de clasificación mediante la explicitación de subcategorías guiadas por características comunicativas más que lingüísticas. Esta selección no es arbitraria, sino que responde a la mayor utilidad de las primeras a la hora de buscar una correlación entre el nivel micro y el macro. De este modo, Postoutenko expande la clasificación tripartita de Koselleck a cuatro subcategorías, atendiendo en primer lugar a dos grados de asimetría: la antagonista, que lleva asociada la imposibilidad de una reelaboración simétrica del contenido, y la agonística. A su vez, cada una de estas clases se subdivide en dos en función de la intensidad presente en el seno de cada una. Se llega así a postular una asimetría antagonista fuerte y otra débil, y, siguiendo el mismo esquema, sendas asimetrías agónicas. En el primero de los cuatro casos, el emisor posee el monopolio de la comunicación, incapacitando al receptor para la interacción simbólica. En la versión débil, se reconoce al receptor la capacidad de interactuar, pero queda reducido a un observador pasivo. En ninguno de estos casos, los términos empleados son graduables: al receptor sólo le queda asentir. La asimetría agonística fuerte conlleva, por otro lado, la apertura a la negociación semántica, aunque normalmente la promesa de simetría no se vea realizada. Hay sentidos compartibles básicos, y una ilusión de percepción y evaluación compartidas, pero el monopolio sigue residiendo en el emisor. Por último, la asimetría agonística débil resulta ser la más enrevesada. Es poco común, al igual que la antagonista fuerte, lo que hace que se pueda prescindir de ambas al carecer de sentido práctico (pp. 90-98).

La aplicación de estas categorías al estudio comparativo entre los discursos democráticos y totalitarios parece establecer, según Postoutenko, una relación entre la presencia de conceptos asimétricos que garantizan el monopolio evaluativo del emisor y la existencia de asimetrías a mayor escala que limitan el intercambio de

roles sociales, el turno conversacional (*turn-taking*) y los reparaciones. Esta vinculación, por tanto, es más frecuente en los regímenes totalitarios que en las democracias (p. 100)⁵.

El artículo que cierra el libro supone un meditado esfuerzo teórico en torno a la noción de contraconceptos asimétricos. Como anticipó en su primer artículo, Postoutenko profundiza en este caso en el lugar que ocupan las asimetrías en los sistemas disipativos. Postoutenko distingue entre las asimetrías temporales y las espaciales. La cuestión más importante relativa a la primera variante asimétrica consiste en saber cómo crea la presencia de asimetrías una temporalidad social. Inicialmente, la asimetría temporal parece sustentarse sobre la relación entre un *sistema asimétrico* (la tierra, la humanidad o un ser vivo) y un sistema simétrico (el observador), referido perpetuamente a su actividad observacional —presente—. Son tres las características que posee esta asimetría: la irreversibilidad, una naturaleza estocástica y la causalidad (p.200). Partiendo de estos rasgos básicos, la construcción de la temporalidad social se lleva a cabo fundamentalmente de dos formas: mediante el llamado modelaje alopoiético, en el que, por ejemplo, las fases de la luna sirven para crear un calendario, y la replicación autopoiética (pp. 201-202). Muchas de las aproximaciones al concepto asimétrico de historia se han conseguido precisamente mediante modelos alopoiéticos. Este tipo de reconstrucciones suele implicar simetrías a ambos lados del espectro temporal, lo que aplicado a un sistema disipativo no resulta convincente, ya que su principio y su final no pueden ser equiprobables. Los modelos de temporalidad resultantes son, en cierto modo, completos, como se observa en Hegel y Marx (pp. 204-205). No obstante, el mayor obstáculo a su función representacional es la presunción de un observador inobservado. Por esa razón, los mecanismos autopoiéticos, según Postoutenko, son más comunes para producir el tiempo en la sociedad. Sin embargo, al contrario que los modelos alopoiéticos, no han pasado a formar parte del conocimiento común. Su estudio se encuentra disperso por varias disciplinas: desde la biología y la economía hasta la teoría general de sistemas.

⁵ Postoutenko ya ha prestado atención al lenguaje de los totalitarismos en el libro del que es editor: *Totalitarian Communication, Hierarchies, Codes and Messages*, Bielefeld, transcript Verlag, 2010.

Este es el caso que se ejemplifica mediante el proceso de comunicación, campo que centra la atención de Postoutenko, especialmente el turno conversacional (*turn-taking*), que es la réplica autopoiética que más se ajusta a ese proceso. En primer lugar, se afirma que la supervivencia de un sistema requiere una correcta ordenación de subsistemas disipativos y cerrados (p. 208), para, a continuación, diferenciar dos niveles, a los que se denomina micro y macro, que presentan sendas velocidades temporales. La temporalidad es más lenta a nivel macro y más rápida a nivel micro. Esta distinta temporalidad está causada por el uso de códigos no indexales (simbólicos e icónicos), cuya información se separa de los emisores y sobrevive a éstos e incluso a los sistemas de almacenamiento (pp. 208-209). El lenguaje natural, un tipo de sistema disipativo, sufre modificaciones con la suficiente lentitud como para ser percibido como intemporal. Ahora bien, Postoutenko se pregunta cómo puede vincular el observador los sistemas disipativos con sus normas deceleradas (p. 210). La respuesta tiene que ver probablemente con el espacio temporal entre el sistema disipativo y su réplica decelerada (o norma), que es lo que crea la similitud disímil: la réplica (de apariencia simétrica en relación al tiempo) debe dar la información secuencialmente para poder generar información y limitar la entropía social. El observador se desdobra así en una pareja: emisor y receptor, lo que facilita la correcta vinculación entre la asincronía más pequeña —entre emisor y receptor— y la mayor, permitiendo el funcionamiento de ésta. En resumen, la distinta información entre las partes en el nivel micro cambia más rápido que las normas de los subsistemas sociales (p. 211). Para Postoutenko, la asimetría a nivel micro es lo que explica y fundamenta cierta estabilidad a nivel macro, una estabilidad original no produciría nada, ya que no habría proceso de intercambio.

La réplica generada también es, como en el modelo alopoiético, irreversible, estocástica y causal (pp. 214-215). La temporalidad social se crea así mediante una replicación de irreversibilidad, estocasticidad y causalidad de sistemas naturales disipativos, todo ello unido por la interferencia coordinada del observador (p. 225).

El objetivo principal de los análisis a nivel micro es mostrar cómo los cambios en sistemas disipativos se reflejan en dicotomías entre (a)simetrías temporales (procesos comunicativos rápidos) y simetrías (a)temporales (normas e instituciones).

Las asimetrías temporales son sin duda relevantes en la creación de conceptos asimétricos; no en vano, Postoutenko dedica buena parte del artículo a su dilucidación. Sin embargo, finalmente se inclina por dar más peso a las asimetrías espaciales en la creación de esta clase de conceptos. Por tanto, en este segundo eje, espacial, también pueden desenvolverse las asimetrías sociales (p. 223). Es más, las asimetrías espaciales son más importantes para la unidad e identidad de los sistemas vivos y los sistemas sociales que las temporales.

Después de rechazar la conexión de las asimetrías sociales con las asimetrías físicas de las personas, Postoutenko pasa a exponer el nivel en el que las asimetrías espaciales empiezan a jugar un papel regulativo. Es probable que el sistema de términos deícticos espaciales, como *yo-cerca-aquí*, opuesto a *él-lejos-allí*, sea una mera traducción al lenguaje de la relación entre los seres humanos y el entorno. Postoutenko considera plausible esta alternativa a la concepción estructuralista de la génesis de la simetría espacial. Sólo falta la codificación comunicativa de la identidad sistémica que lleva a la formación de asimetrías espaciales (en tanto que se oponen a las temporales) en el mundo social (pp. 227-228). La reconciliación entre un sistema vivo —con sus simetrías y asimetrías— y un sistema social —con asimetrías asíncronas rápidas y lentas— se plasma en el traslado desde un nivel secuencial —y después de x — a un nivel complementario —y junto a x — .

La asimetría espacial es inalienable. Y no sólo se aprecia en los mecanismos básicos para la supervivencia, predeterminados biológicamente, que forjan la identidad social, también surgen constantemente en la comunicación cuando la localización espacial produce alguna ventaja social, como, por ejemplo, las asimetrías espaciales en economía (p. 234). En todo caso, se puede constatar un aumento explosivo de asimetrías como resultado de la jerarquización y de la especialización funcional. En ese contexto, la información a la que se tiene acceso varía, lo que sirve para la identificación social (p. 235).

En las clasificaciones binarias de Koselleck, se puede ignorar la autoexpresión del contrario, pero no en la comunicación, en la que debe haber un reconocimiento mutuo. Por eso la llamativa destrucción del contrario koselleckiano carente de identidad puede no estar tan extendida en la comunicación pública como su absorción silenciosa. Para Postoutenko, en definitiva, es necesario refinar la

comprensión teórica de las asimetrías toda vez que las categorías koselleckianas muestran sus limitaciones al aplicarse en sistemas disipativos complejos (p. 237).

Tal vez el enfoque que más se desvía de la amplitud característica de las coordenadas intelectuales que impregnan el imaginario koselleckiano sea el representado por M. Lynne Murphy y Roberta Piazza, que parte de una aproximación netamente lingüística.

Es bien conocido el *préstamo* de nociones procedentes de la lingüística estructural europea de mediados de siglo a la *Begriffsgeschichte*. De ahí que la cuestión que se planteen las autoras consista en averiguar el posible encaje de la semánticalingüística actual en la historia conceptual. Una diferencia esencial que separa ambas corrientes es el énfasis que la lingüística actual pone en el aspecto social del lenguaje (p. 52). En este sentido, el análisis del uso de sociónimos (como negro, blanco, gay, europeo) es para las autoras un perfecto campo de pruebas para averiguar la pertinencia de aplicar las últimas contribuciones de la lingüística a la semántica histórica.

Para establecerse como antónimos dos palabras deben oponerse atendiendo al contexto social y textual, que favorece determinadas oposiciones. Heterosexual, por ejemplo, es antónimo de homosexual y, en cambio, no de bisexual o transexual. Esto se debe a que tanto heterosexual como homosexual denotan una orientación dirigida a un solo sexo, criterio que se considera decisivo para establecer una oposición. Ambas palabras tienen además un significado propio, positivo y no sólo negativo. Son, en definitiva, principios pragmáticos más que estructuras semánticas las que determinan qué palabras se usan de forma opuesta (pp. 55-56).

Otro aspecto a tener en cuenta es que la mayoría de las oposiciones grupales son más complejas que las atribuidas a las divisiones netas expuestas por Koselleck. Pocas veces son dualistas, y suelen consistir en un nosotros contra un grupo concreto de gente y no frente a todos (p. 57).

El hecho de encontrarse con términos opuestos que generan asimetrías — aunque no comienzan siendo asimétricos —, pero que pueden definirse por separado positivamente, da lugar a una serie de nuevas cuestiones: 1. cómo permiten dualismos las estructuras lingüístico-semánticas; 2. cuáles son las características de la posterior creación de las asimetrías mediante recursos textuales y discursivos; 3. y cuál es la

base cognitiva de las asimetrías aplicada a los sociónimos (p. 58). En primer lugar, gran parte de la estructura del lenguaje se describe en términos de oposición: conceptos de oposición marcada (ej. singular, no marcado; plural, sí). En segundo lugar, las asimetrías también pueden ser expresadas por oposiciones determinadas por la pragmática del lenguaje, por ejemplo, mediante la ironía (p. 67). El discurso creado o apropiado por un grupo refuerza oposiciones sociales y cristaliza en un nosotros/ellos en el que una parte es menos valorada (p. 68).

Por otro lado, las autoras señalan que los criterios koselleckianos de los conceptos (ambigüedad, oposición, algunos aspectos de asimetría) no son exclusivos de los conceptos sociopolíticos, sino que son parte de todo lenguaje que tenga significado, lo que sugiere a su vez dos nuevas cuestiones: ¿Son especiales los contraconceptos asimétricos? ¿Se pueden descubrir las raíces de la dinámica asimétrica y así predecir la asimetría de la categorización? (pp. 68-69). Con ello, las autoras cuestionan explícitamente la noción koselleckiana de concepto, al tiempo que muestran, no obstante, el interés de vincular la noción cognitiva de concepto con la histórica. En este sentido, la práctica de la historia conceptual permitiría probar teorías lingüísticas socio-cognitivas en diferentes periodos históricos (pp. 62-63; 73-74).

Un problema crucial al que se enfrentan las autoras en la revisión de las categorías koselleckianas de contraconcepto asimétrico y la noción basal de concepto y que lastra parcialmente su estudio consiste, como ellas mismas reconocen al comienzo de su texto, en lo limitado de los trabajos de Koselleck a los que han tenido acceso. Limitación debida a la escasez de obras de Koselleck traducidas al inglés y al desconocimiento de las autoras del alemán.

El de Juha A. Vuori es también un artículo teórico-práctico, aunque en esta ocasión es la vertiente práctica la que predomina. Vuori se centra en el estudio del uso más extremo de los contraconceptos, el que los lleva a legitimar el uso de la violencia o de la fuerza, y lo hace acotando su análisis a un caso particular: la China comunista. Tres catas con sendos instrumentales heurísticos le sirven para ir afinando las herramientas más aptas para el análisis de los usos lingüísticos que llevan a la exclusión y represión. De nuevo aparece Schmitt, en el primero de los intentos, esta vez con su noción de estado de excepción, un concepto que resulta

demasiado amplio en un contexto de uso de contraconceptos como parte de tácticas políticas. La tradición del paradigma demonológico adolece del mal opuesto y es demasiado específica y centrada en China como para permitir comparaciones con otros contextos. El tercer intento, que alude a la idea de “segurización” (*securization*), resulta más esperanzador para Vuori. La “segurización” remite a la identificación de determinado aspecto, colectivo o grupo social como una amenaza para la seguridad. Esta transformación se concibe como un acto lingüístico ilocucionario, que crea el marco en el que se aplican los contraconceptos. Desde esta perspectiva es posible analizar cómo los conceptos se utilizan para la exclusión de otros, manteniendo un equilibrio entre el plano de lo concreto y la generalización.

El interés de Philip Manow, autor del quinto artículo, sigue la línea práctica mostrada por Vuori. En concreto, analiza el proceso a través del cual se produjo la superposición de dos de los tres pares antitéticos esbozados por Koselleck (el de civilizado/bárbaro y el de cristiano/pagano) y las consecuencias que se derivaron de esa interrelación. Si bien los tres pares asimétricos de Koselleck comparten un mismo código geográfico, debido a que la recurrente oposición oeste-este se basa en el origen eurocéntrico de estos pares, esa convergencia varía, como nos recuerda Manow, cuando el centro de atención se desplaza a las implicaciones temporales de las parejas de conceptos. En primer lugar, fueron las guerras de religión y los descubrimientos de los siglos XVI y XVII los que coadyuvaron a una pérdida de eficacia del par cristiano/pagano, complicando las claras líneas que previamente separaban un mundo del otro (pp. 144-145). Es en ese punto en el que cobra importancia el más antiguo par civilizado/bárbaro, al permitir una contraposición entre una Europa civilizada y una América salvaje, como se advierte en el frontispicio del libro de Hobbes *De Cive*. Sin embargo, esta *a priori* diáfana distinción todavía se complica un poco a raíz de la creciente identificación de los antiguos habitantes de las Islas Británicas con la representación que se tenía de los indígenas del Nuevo Mundo, implicando el establecimiento de una conexión entre ambos continentes (pp. 147-148). Manow destaca que no existía un *oeste* cuando se acuñaron los conocidos contraconceptos asimétricos. En sentido literal, Europa se encontró así situada en la primera modernidad al *este*, y, en cierto sentido, más cerca de los componentes semánticos asociados a ese punto cardinal. Este hecho pudo facilitar,

según Manow, que se concibiesen los propios orígenes en un contexto de barbarie en el que la concepción lineal de la historia en clave cristiana posibilitaba un desplazamiento temporal que permitía a los paganos convertirse en cristianos. La asunción del supuesto según el cual originalmente todos los pueblos fueron bárbaros preparó así el camino para la aceptación de un estado de naturaleza primigenio. De la conexión de ambas temporalidades emergió así una nueva concepción de progreso — si bien precario, debido a la posibilidad de retornar al estado de naturaleza—. Esta constatación lleva a Manow a proponer la interesante idea de que la noción de progreso histórico tiene su origen en el siglo XVII y no en los ambientes burgueses del XVIII (pp. 145-146).

Jan Marco Sawilla resalta la práctica ausencia de referencias a los conceptos de simetría y asimetría en la historiografía científica, hasta el punto de que probablemente ninguna introducción a la historia los menciona. Sin embargo, algunos otros términos asociados a ellos sí juegan un papel importante en la explicación de los procesos históricos. Orden, equilibrio e incluso armonía son importantes para la mayoría de los historiadores en la consecución de la estabilidad social. Lo contrario se suele calificar como crisis, y se considera un periodo de dominio de condiciones asimétricas (pp. 167-168).

El artículo analiza dos cuestiones conectadas con sendas formas de concebir la asimetría. Primero un aspecto particular de la noción de contraconceptos asimétricos de Koselleck, uno de los pocos intentos de conectar esta idea con la formación de estructuras sociales. En este caso, Sawilla intenta depurar la concepción de Koselleck y ver en qué medida los ejemplos utilizados por él y otros se ajustan al sentido estricto de contraconcepto asimétrico. En segundo lugar, Sawilla aborda cómo tratar con esta noción koselleckiana a la vista de los desarrollos sociales de los siglos XIX y XX, en los que se multiplicaron los puntos de vista y las oportunidades para autodefinirse, centrándose en el análisis de la idea de las “masas”, analizando concretamente las masas religiosas de los siglos XIX y XX. El objetivo es comprobar si este concepto aparece como un contraconcepto asimétrico para la burguesía en los textos de los científicos sociales en los años sesenta y setenta, y si en un sistema lingüístico son necesarios los contraconceptos asimétricos. Una última cuestión conectada con las anteriores pretende averiguar en qué momento empieza a

perder valor un sistema binario de contraconceptos (pp. 168-170). Las conclusiones a las que llega Sawilla apuntan a que la noción de contraconceptos asimétricos puede ser un buen punto de partida para analizar formaciones discursivas, aunque muestra sus límites cuando se centra en analizar formas de creación de oposiciones sociales caracterizadas por una pluralidad de puntos de vista. La toma en consideración de las dificultades que afloran en los estudios centrados en estos marcos sociales complejos parece hacer del análisis social una herramienta más precisa cuando se prescinde del uso de contraconceptos en los estudios sociales e históricos (p. 181). El ejemplo del concepto de “masas” parece confirmar esta apreciación. Los contraconceptos son evocados cuando los protagonistas de un estado ideal se enfrentan a fenómenos simultáneamente amorfos y relevantes socialmente. Esto se produce en el caso de “masas”, que se carga negativamente con las cualidades opuestas a las que caracterizan una existencia moderna y burguesa. No obstante, el concepto tiende con el tiempo a desaparecer del lenguaje científico, indicando así una mayor precisión analítica. Además, “masas” no siempre parece encajar en la estructura binaria de los contraconceptos. Es en este punto en el que Sawilla considera que la capacidad explicativa de los contraconceptos cede su lugar a otros instrumentos, como el análisis del discurso, que parecen más efectivos.